

Libros y literatura

Por Robert MUSIL



"el último escalón de la humanidad que está perdiendo su alma"

PROCLAMACIÓN

¡El crítico y las reglas de la Literatura! Debo aclarar que de esto no entiendo nada. Algo más, de una vez, para ilustrar mi actitud de crítico: no me gusta leer libros.

Que recuerde, hace ya muchos años que no he terminado de leer un libro, excepción, claro está, de alguna obra científica o de una de esas novelas muy malas en que los ojos se quedan pegados, cual si uno estuviera enguyendo un enorme plato de *Schnaps*. Otra cosa ocurre cuando se está efectivamente ante una obra literaria: con estas raras veces se pasa de la mitad; pues aparece una resistencia hasta hoy no determinada que crece y crece conforme aumenta la longitud de lo leído. Esto podría explicarse así: el portal, por el cual deberá penetrar el libro, se mantiene cerrado convulsivamente. Al estarlo leyendo ya no se encuentra uno en estado natural, sino parece que estuviera sujeto a una operación quirúrgica. Le colocan a uno un embudo en la cabeza, y un individuo cualquiera trata de introducir por el mismo su sabiduría de corazón y pensamiento; ¡es lógico que uno se resista a esta obligación, siempre y cuando haya oportunidad!

Los norteamericanos son otro tipo de gentes. Un señor como Jack London, persona sumamente viva e inteligente, no se siente demasiado importante como para ir a la escuela con el bienaventurado Capitán Marryat (que hizo felices nuestros días infantiles), y toma la hebra de sus cuentos del pelaje de la oveja salvaje, a la cual considera, con justa razón, como el interior de sus lectores. Queda sumamente satisfecho si puede introducir de contrabando éste o aquel pensamiento profundo, o una escena importante. Considera que la literatura es un negocio masculino que debe ofrecer algo al comprador y al vendedor. En cambio, nosotros los alemanes cultivamos una literatura de genios, que llega hasta lo más profundo de la moral cursi. En todos los casos el autor es un hombre sobresaliente; siempre siente en forma excepcionalmente audaz o singularmente ordinaria; siempre abre su alma ordenada de ésta o la otra manera, para que la imitemos. Raras veces es una persona que siente como deber procurar entretenimiento, y si lo hace se hunde normalmente sin resistencia en una diversión terriblemente vulgar, tratando de crear una atmósfera de alegría o

tristeza. (Posiblemente después haya oportunidad de contar algo más a este respecto.) Por otro lado, hay poco que objetar en el ardor o impulso hacia lo genial de nuestra literatura. Claro que falta, naturalmente, una última cosa: ni siquiera el pueblo más grande tiene posibilidades de producir la cantidad suficiente de genios para este tipo de literatura.

¿LOS AUTORES NO SABEN ESCRIBIR, O LOS LECTORES NO SABEN LEER?

Se dice que los libros son culpables y que los autores no saben escribir. Ésta es una hipótesis simpática y evidente, útil para explicar las singulares molestias que aparecen al leer algún libro. ¡Pero nunca olvidemos que es sólo una hipótesis! Como todas las hipótesis, envuelve y cubre un hecho dentro de una capa excedente, y si se desea tomar en cuenta la verdad desnuda inherente a la afirmación que los autores no saben escribir, sólo se llega a la conclusión que los lectores alemanes ya no saben leer. Eso es lo único en firme y de lo que se puede partir. Nosotros los lectores alemanes ofrecemos hoy, por principio de cuentas, una resistencia inexplicable contra nuestros libros. Todo lo demás está completamente confuso. Asimismo, no está claro qué o quién tiene la culpa. Por eso es útil investigar inicialmente en qué forma lee en la actualidad alguien que no siente placer por la lectura y sin embargo se ocupa de los libros.

Nos acercamos muy cautelosamente a este problema, para no hacer creer que tenemos alguna respuesta suficientemente amplia que cause en nuestros editores una "fiebre del oro".

Tampoco queremos entender bajo el concepto *hombre* a aquellas víctimas de la literatura que leen las obras en forma de episodios semanales y entre las cuales todavía existe una verdadera pasión por la lectura, sino solamente a las personas que leen con la misma seriedad con la que elegirían al Consejo de una iglesia o el nombre del primogénito.

HOY, YA NO HAY GENIOS

Bueno, el trato con ellos muestra inmediatamente una manifestación, que obviamente deberá incluirse dentro de estas

observaciones. Cuando dos de estos responsables se encuentran en cualquier sitio y la conversación toma sesgos elevados, no pasan cinco minutos cuando ya han llegado a la expresión común de un convencimiento contundente, que puede expresarse más o menos en los siguientes términos: ¡actualmente ya no hay grandes obras y ya no existen genios!

Conste que desde luego no se refieren a la especialidad que ellos mismos representan. Tampoco se trata en este caso de una forma especial de nostalgia por tiempos mejores. Se muestra que los médicos cirujanos de ninguna manera consideran que el periodo del doctor Billroth quirúrgicamente haya sido más grande que el de ellos mismos; también los pianistas tienen la firme opinión de que su arte ha tenido un importante avance desde Liszt a la fecha; hasta los teólogos tienen la creencia que en la actualidad uno que otro problema religioso es mejor conocido que en la época de Cristo. Sin embargo, tan pronto como los teólogos tocan algo referente a la música, la literatura o la física, o los físicos algo de música, literatura y religión, los escritores la física, etcétera, todos ellos se muestran completamente convencidos que los demás no son capaces de producir algo sobresaliente y que, aun con todo el talento que tienen, no le dan a la humanidad lo más importante y lo último, que es precisamente el genio.

Este pesimismo cultural a costa de los demás actualmente es una manifestación muy difundida. Está en una rara oposición con la fuerza y la habilidad creadora que en todas las partes es desarrollada en los individuos. Se tiene la impresión de que un gigante, que come, bebe y trabaja enormidades, no desea saber nada de lo anterior y se manifiesta débil y sin ganas, como una muchacha exhausta por la anemia. Existen muchas hipótesis para explicar esta manifestación, empezando por considerarla como el último escalón de una humanidad que está perdiendo su alma, hasta aquella en la cual se la toma como la primera etapa de algo nuevo que está por ocurrir. Sería mejor no seguir el camino sencillo y agregar a estas hipótesis una nueva, sino buscar algunas otras manifestaciones que arrojen luz sobre estos problemas.

EN LA ACTUALIDAD SOLAMENTE HAY GENIOS

Aparentemente, en oposición al vicio pesimista arriba descrito, existe la ligereza, mediante la cual en la actualidad se elogia y glorifica al máximo, si es que esto le conviene a uno; sin embargo, lo más posible es que en lo interno ambas sean exactamente iguales.

Tómese el trabajo y junte durante algún periodo nuestras discusiones y artículos literarios con la finalidad de obtener un cuadro de las manifestaciones intelectuales a través del tiempo. Después de algunos años verá con gran asombro cuántos mesías espirituales conmovedores han aparecido, cuántos maestros de la descripción, el más grande, el mejor, el escritor más profundo, los literatos muy sobresalientes y finalmente un gran escritor que después de mucho tiempo le ha sido regalado a la nación; se asombrará cuántas veces se ha escrito en los últimos 10 años el mejor cuento referente a animales, la mejor novela y el mejor libro. Si tiene oportunidad, con frecuencia analice dichas colecciones, y se extrañará de la violencia y pasión de los efectos instantáneos, de los cuales en la mayoría de los casos ya no se observa nada después de pocos años.

Se puede establecer una segunda observación: Más aún que los críticos individuales existen verdaderos círculos, aislados herméticamente entre sí. Estos círculos están formados por ciertos tipos de casas editoras, a las cuales pertenecen tipos definidos de autores, críticos, lectores, genios y éxitos. Lo importante y característico es que se puede llegar a ser genio en cada uno de estos grupos, sin que los demás grupos se enteren, si se alcanza un cierto número de ediciones. Puede ser que en casos muy importantes el público deserte de una bandera a otra; también es cierto que los escritores más ampliamente leídos tengan lectores propios en cada uno de los grupos. Con todo, si se prepara una lista de los autores con éxito, tomando en cuenta ordenadamente su número de ediciones, se observa de inmediato, del conjunto indicado, la poca influencia que tienen aquellos autores realmente notables que se encuentran en la lista para formar el gusto y criterio de las gentes y evitar que éstas se lancen, con el entusiasmo de los otros autores, a una oscura mediocridad. Los pocos autores notables sí salen e inundan las riberas generalmente fijadas; sin embargo, una vez que ha escurrido su efecto, es captado su remanente por el sistema de drenaje existente.

Se muestra este particularismo en una forma más imponente, si no se limitan estas observaciones a la bella literatura. Casi no se puede decir cuántas Romas existen, en las cuales se encuentra un Papa. No significa nada el círculo alrededor de George, el anillo alrededor de Blüher, la escuela alrededor de Klage, contra el sinnúmero de sectas que esperan la liberación del alma por medio de la influencia del comer cerezas, del teatro de colonización de jardines, de la gimnasia rítmica, del mobiliario de la casa habitación, de la eubiótica, de la lectura del Sermón de la Montaña o de miles de otras particularidades. En el centro de cada una de estas sectas está sentado el Sr. Tal y Tal, un hombre cuyo nombre los no-enterados jamás han oído, pero el cual tiene la veneración y es adorado en su círculo como el salvador del mundo. Toda Alemania está llena de estos equipos locales; de la gran Alemania, en la cual de diez autores importantes nueve no saben de qué van a vivir, fluyen medios para que los innumerables semidioses desarrollen su publicidad, para la impresión de sus libros y la fundación de nuevas revistas. No tengo las cifras actuales a mano, pero antes de la guerra aparecieron anualmente en Alemania más de mil nuevas revistas, y mucho más de treinta mil nuevos libros, y lógicamente presumimos que ésta es una señal ampliamente visible de nuestro alto nivel intelectual. Más bien es posible creer que también este exceso sea una indicación, poco tomada en cuenta, de una ilusión vana de relaciones que se van extendiendo cada vez más y más, y cuyos grupitos fijan toda la vida a una sola idea prefijada, de tal manera que un verdadero paranoico tendrá importantes problemas para competir con nuestros *amateurs*.

SOLAMENTE LITERATURA

El arma con que un hombre (que tiene una profesión y desea leer como respirar profundamente al salir de su oficina) se defiende contra la atmósfera tormentosa que le trata de impedir la respiración, es expresando en legítima defensa que "todo es solamente literatura". Mientras que en el pasado se usaban expresiones como "chupatintas" y "crítico" para defenderse de ciertos abusos o excrecencias de la literatura, en la actualidad el propio término "literato" se ha convertido en injuria. Únicamente la literatura define esto como "almas de polilla", las cuales están volando alrededor de luces artificiales, mientras que afuera existe la luz del día. El hombre activo de hoy se siente molesto por esta agitación e inquietud de los literatos, y se le ha oído decir en forma llana y convincente que ha encontrado más poesía y conmoción en informes del tribunal de justicia, descripciones de viaje, biografías, discursos



"hoy ya no hay genios"

políticos, juntas de negocios, relatos en la cama del enfermo, en excursiones o en la fábrica, que en la literatura actual. Desde este punto hasta el convencimiento de que en esta época de "vida rápida conmovida por grandes acontecimientos", únicamente la pequeña noticia en el periódico así como el folletín sean considerados verdaderamente como arte vivo, no falta mucho. El hombre actual asegura que la vida misma es la poesía más grande, y consecuentemente tiene la ventaja de auto-elevarse al rango de genio literario, ya que en cierto sentido cada uno es el autor de sus experiencias. De esta manera ha desaparecido el último lector y solamente quedan los genios.

Sólo nos resta, por lo tanto, analizar la pregunta ¿cómo leen los genios?

Pero esto se sabe y conoce. Los genios tienen la particularidad de que raras veces aceptan las obras de otros genios. Únicamente leen las confirmaciones de sus propios pensamientos y esto les abrumba. Los exploradores, la de los exploradores; los psicoanalistas, la de los psicoanalistas. Todo lo saben mejor (lo que verdaderamente es cierto). Consecuentemente leen lápiz en mano, del cual salen signos de admiración y comentarios. Ante todo, de la buena y bella literatura (que en sus ojos ha quedado rezagada) no les gustan las complicaciones; les basta con sugerencias. Por regla general solamente leen los encabezados, tal como se pueden registrar fácilmente en los periódicos; de vez en cuando aprueban que haya muchos encabezados, y lo denominan "agilidad intelectual". A veces les llega sigilosamente su soledad, y entonces simplemente lo llaman literatura. En una palabra: los genios leen, tal y como se lee en la actualidad.

Lo que hacen cuando están escribiendo, queda aparte.

UNA PEQUEÑA TEORÍA

Y ahora establezcamos una pequeña teoría. No se pretende establecer una gran teoría que explique estas manifestaciones como algo histórico, sino únicamente una deducción de experiencias cotidianas. Nuestras cabezas y nuestras mentes transforman mejor las impresiones que reciben, mientras más coherentes o menos separadas estén; producimos más, si tenemos o si las cosas tienen algún sistema. Esto es un hecho ampliamente conocido. Se inicia con el trabajo rítmico y pasa por el conocimiento de que cada trabajo se lleva a cabo de diferente manera, si se conoce su finalidad y sentido, que si es separado en diferentes partes sin coherencia, hasta llegar a la imponente fuerza fecunda de grandes teorías científicas, de las cuales se tienen siempre como confirmación o conclusión una cauda de nuevos inventos; asimismo, hasta la vivificante fuerza de movimientos intelectuales, este singular despertar interior de diversas décadas dentro de otras con características completamente diferentes, no parece ser más que un incremento de las producciones y obras, así como el llevar a cabo otras obras no realizadas anteriormente, por medio de la encantadora facilidad de la labor personal, que garantiza un gran orden común, aunque sea únicamente imaginario. No en balde corre la historia del espíritu, en especial la del arte, en diversas "direcciones" y "corrientes"; naturalmente, la finalidad no es la creación de las irrevocablemente bellas artes, sino un truco psicotécnico, el cual facilita la creación como tal.

Concentrándonos ahora en lo que se refiere a la lectura, se puede decir que existe una gran diferencia si se lee apoyado en convicciones generales o no. Se asombra uno actualmente al observar cuánta paja fue considerada tan importante, durante los años prometedores de 1900, como el mejor trigo; del mismo modo en la posteridad también llegarán a asombrarse de cómo fue posible que algunos escritores de la actualidad estuviesen colocados a la vanguardia. Sin embargo, estas interpretaciones erróneas sirven de cierta manera en la misma forma que una comprensión o entendimiento. Ayudan al lector a conocerse a sí mismo, o para decir lo que verdaderamente es cierto, lo ayudan a fortalecer la sugestión de que sus impresiones pasan por un sistema que facilita recíprocamente la comprensión e incrementa las energías, lo que a final de cuentas tiene mejor resultado que la egocéntrica "formación personal" o la "personalidad humana moral", la cual heredamos, aunque en forma un tanto coja, del siglo XVIII. Pero naturalmente, si varias de estas corrientes se juntan al mismo tiempo, esto significa que en realidad no existe ninguna, y aparece de pronto ese extraño espectáculo, que muestra al movimiento existente; casi hasta se podría decir que este movimiento se muestra en un exceso, mientras que lo único que realmente sucede es que se observa una disminución real de fuerza y potencia.



"el movimiento se muestra en un exceso"

AÑOS SIN SÍNTESIS

Los últimos años pueden caracterizarse por una gran interferencia de ondas, las cuales se anulan por sí solas, como lo observan con asombro los participantes. Es uno de los engaños más injustos presumir o hacer pensar a otros que en la actualidad no haya literatura que pueda considerarse como buena o importante; al contrario, sería fácil enumerar dos docenas de nombres que juntos ofrecen una gran magnitud de conocimientos, audacia, libertad y otras características definitivas, que no necesitan temer la comparación con ningún otro periodo de nuestra literatura. Sin embargo, no ofrecen una síntesis, ni real ni imaginaria; no se sabe (hablando en forma brusca y textual) qué hacer con ellos. Esto explica ampliamente el sentimiento de desmoralización y de desilusión que en la actualidad se ha apoderado de la gente.

Una decadencia de este tipo, que abarca en cierta forma a la literatura creadora, no puede definirse en el sentido de que ya no hay buenas obras, ni de que se están metiendo entre las obras buenas algunas mediocres, sino que se expresa inicialmente por un cierto nerviosismo, impotencia, hasta liberalidad de los gustos. El gusto se mantiene fijo, pero ya no está perfectamente sellado e impermeable. Muchas cosas raras entran por innumerables fugas, lo cual antes no hubiera sido posible; se empieza a perder el sentido de la diferencia de clase, y por ejemplo se dicen en una sola respiración nombres tales como Hamsun y Ganghofer. En la actualidad, esto parecería imposible, pero no hay que creer que fue largo el camino de la aceptación de Hebbel y Wildenbaich.

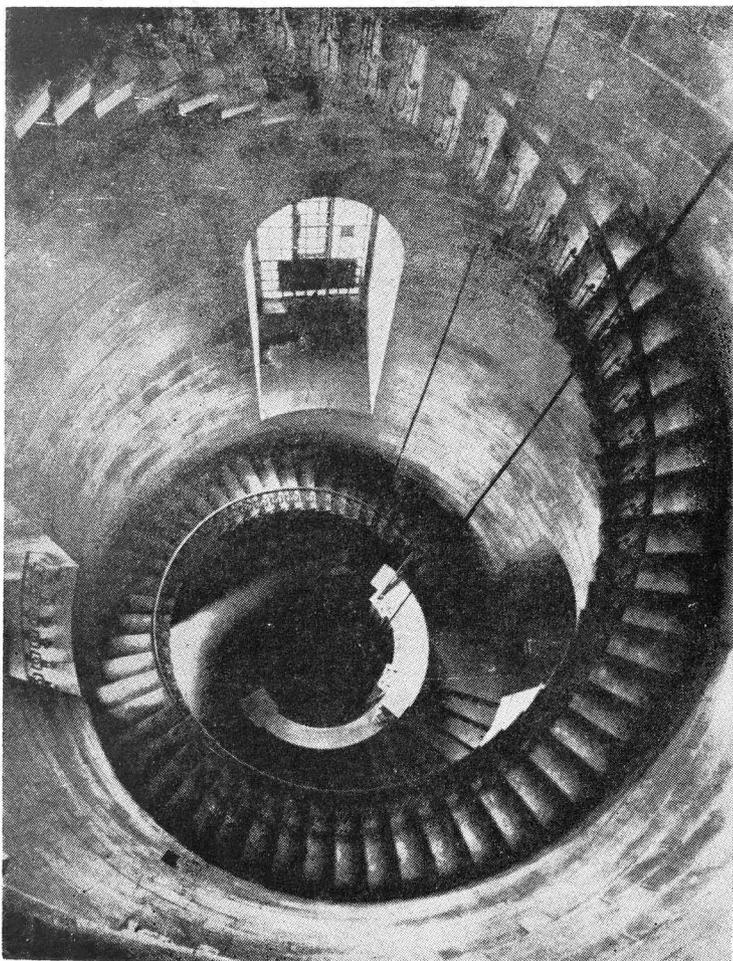
Entonces es conveniente recordar en estos instantes que existe un sistema o una síntesis más importante que los autores, y más permanente y amplia que las diversas corrientes: la literatura.

Aunque parezca muy normal, y así generalmente se exprese deberá tomarse en cuenta que esto significa la inversión de las costumbres establecidas. Así, la literatura aparece como más importante que todas sus corrientes, y se invierten también las convicciones (como aquella según la cual el arte es solamente un regalo para los escogidos, un encuentro feliz con los grandes hombres, un descanso y en todo caso una excepción humana.) Anteponer las corrientes a la literatura, dicho de modo desagradable, equivale a convertir la fauna de una isla sagrada en latas de conservas. Sin duda, es una empresa capaz de arrojar resultados positivos o negativos.

LITERATURA Y LETRAS

La literatura empleada para esta finalidad no significa que se oriente el interés sobre la suma y el museo de las obras, sino sobre la función, el efecto, la vida de los libros, y su recopilación para lograr un efecto continuo y creciente. El esfuerzo humano, que hace que miles de gentes, entre ellos algunos con mucho talento, escriban versos o alguna novela, no puede ser agotado fácilmente porque dichos versos o novelas gusten a un cierto número de lectores; no se puede evitar que una nube de sugerencias y movimientos salga de ellos; la cual se mantiene estática algún tiempo en el firmamento y posteriormente es despedazada por una gran cantidad de corrientes de aire. Nuestros sentidos y una experiencia poco clara se oponen a ello. Sin embargo, cuando entramos en contacto con un autor a través de su obra, siempre quedamos solos de nuevo frente a ellos; únicamente somos rozados por ellos, cambiados y movidos de nuestro sitio; pero al final de cuentas somos abandonados por ellos, y cada poema, cada obra es su propio principio. Lo que calificamos como historia de la literatura es consecuentemente un esfuerzo dirigido al sostenimiento. Al explicar lo pasado, considerando las características de la época con análisis causales más o menos verídicos de grandes personajes, la historia de la literatura ayuda efectivamente a la comprensión, pero no, o solamente siguiendo largos desvíos, al conocimiento real. Si la historia de la literatura se mantiene dentro de los límites seguros de su finalidad, logra el ordenamiento de hechos e impresiones, efectúa también un análisis y agrupamiento de personas, periodos, estilos, influencias — algo por completo diferente.

Pero aunque la obra de arte en toda su particularidad se deja ordenar fácilmente dentro de una relación histórica, no solamente cronológica, también es posible colocarla dentro de otra jerarquización. Hasta el simple procedimiento instintivo de la lectura no tiene otra finalidad sino fijar inmediatamente el valor que se ha experimentado del libro, así como los efectos y lo importante del mismo (es decir en forma de efecto, como hecho importante, como algo de valor personal), de tal manera que ya no vuelva a perderse. Si uno pregunta por qué procedimientos ocurre lo anterior, un vistazo dentro de uno mismo ilustrará el camino. Se toman pensamientos, que pueden almacenarse fácilmente; vienen ideas, aclaraciones, nuevas perspectivas, sugeridas y ocasionadas por la lectura; y quedan laten-



"existen verdaderos círculos aislados"

tes, aunque se hayan olvidado las motivaciones de que surgieron. Se empieza a sentir, y los sentimientos de los cuales se ha sido contagiado, se toman firmemente como experiencias, tanto en forma de palabra como de preceptos, fundiéndolos en una firme orientación, o se les deja solos, para que irradian lenta y separadamente su energía, desapareciendo posteriormente dentro de los demás sentimientos. También se recuerda lo incierto y lo indescriptible de las obras, como el ritmo, la forma, el paso, la fisonomía del todo, ya sea durante algún tiempo en forma puramente mímica, tal como uno es contagiado y copia interiormente a algún personaje importante, o se hace el intento de expresarlo en palabras. Sería muy difícil mencionar todos estos hechos, pero la dirección en que se encuentra su meta puede ser encontrada fácilmente. Lo único que falta en todos estos esfuerzos, es la conjunción de los factores para lograr un total.

No obstante, si se entiende por literatura la suma de las obras literarias, entonces tampoco se la puede considerar como un todo. Sería entonces una enorme colección de ejemplos, donde cada uno es diferente y sin embargo cada uno existía con anterioridad; cada ejemplo es entendido e interpretado por cada lector en forma diferente, y sin embargo es entendido por todos por igual en ciertas generalidades; es un asunto de una amplitud indescriptible, sin principio ni fin, una maraña de preciosos hilos que no llega a ser tejido. Tal agregado de lectores y libros solamente llega a ser literatura, si a la suma de las obras se agrega la esencia de las experiencias de lectura obtenidas. O sea, en otras palabras, la crítica.

LA CRÍTICA, VISTA DE ESTA MANERA

Muchos niegan que la crítica sea posible en este sentido, ya que se debe anteponer por lo menos un arriba o un abajo, o una selección de ciertas direcciones, en donde el avance hacia adelante equivalga a progreso. Nuestra época ha sufrido un grave perjuicio (desde la generación anterior) en lo que se refiere a una reglamentación estética, con la cual se pretendía medir el arte usando copias de yeso de bustos clásicos. El impresionismo se confió a la savia, pensando que el arte encuentra algún camino, el cual, aunque fisiológicamente no determinable, puede llegar al corazón. El neo-idealismo y el expresionismo operan con una "intuición" de pensamientos, la cual no siempre se cubre con la meditación necesaria para estos casos.

Hasta la misma estética, renovada por algunos personajes importantes, niega hoy su propia aplicación a la práctica: ya no desea ser norma. El resultado fue la crítica denominada "de mi propia opinión", y la crítica de "palabras cohete", así como otros tipos de crítica con las denominaciones más variadas, como la de "avanzar conmigo" y de "oscilar hacia adelante", todas las cuales son culpables de tanto desorden del ingenio actual.

Hasta eso, la posición de la crítica no es más difícil que la de la moral. Tampoco nos es dado conocer leyes divinas y normas morales invariables. La moral es creada en sus cambios por aquellos humanos que viven el pasado y forman dichos preceptos sobre los demás. Sin embargo, no se puede negar que la moral tiene un sistema, variable y fijo a la vez. La crítica en este sentido no pasa sobre la literatura, sino está ligada íntimamente a ella. Completa los resultados ideológicos para ser transmitidos (considerando ideológico todo aquello que también incluya las expresiones de las "formas"), y no permite la repetición de los mismos sin dar un nuevo sentido. Descifra la literatura, pasando luego a la interpretación de la vida, y cuida celosamente la posición alcanzada. Una traducción de este tipo de lo parcialmente irracional a lo racional casi nunca ocurre completamente. Pero lo que significa simplificación, resumen, hasta cernido de las obras, tiene también, con todos sus defectos, la ventaja de una gran movilidad en todos sentidos y un amplio rango de comprensión y conocimiento. Así es que la crítica llega a ser un menos y un más, y queda debiendo muchas cosas particulares, pero ofreciendo por otra parte algo general, tal como sucede con todo orden ideológico y la vida que abarca el mismo. La crítica no cree saberlo todo mejor; hasta eso, se puede equivocar, ya que no es creada por uno solo, sino por un ir y venir, por el esfuerzo de muchos, por un interminable proceso de revisiones, hasta puede llegar a ser creada, al final de cuentas, por los libros criticados, ya que cualquier obra sobresaliente tiene la facultad de destruir absolutamente en todo lo que se ha creído antes de leerla.